

## HOMILIA

Celebración: Misa Crismal  
 Lugar: Catedral  
 Fecha: 13 de abril de 2022  
 Hora: 18.00 hrs.  
 Textos: Is. 61,1-3a. 6a.8b-9; Ap. 1-4b-8; Lc 4 16-2; Sl. 88

---

### Saludos

Queridos sacerdotes que conmigo concelebran en esta Eucaristía Señores Diáconos, apreciadas religiosas que nos acompañan en esta celebración. Saludo a los papás y mamás de los sacerdotes que también nos acompañan, Saludo a quienes habéis llegado desde diferentes, decanatos, parroquias y comunidades cristianas de nuestra querida Diócesis de Valparaíso.

Saludo a cada uno de ustedes que se nos han unido a esta celebración por medio de las redes sociales.

### Homilía

Las últimas semanas han sido espiritualmente intensas. Imagino que esta semana también lo está siendo. Desde el pasado miércoles de cenizas, en nuestra reflexión, ya sea personal o comunitaria, hemos venido profundizando en temas como son el pecado, la penitencia, la conversión, la reconciliación y el perdón. Hemos intensificado nuestros actos de piedad, todo acompañado con la lectura de las Sagradas Escrituras y de escritos de santos hombres y mujeres que nos han precedido en el camino de la fe.

Todo esto se ha intensificado a partir del pasado Domingo de Ramos, día en que iniciamos la Semana Santa. La más importante de todas las semanas, por lo mismo desde antiguo también llamada como la “Semana Mayor”. Esta es una semana privilegiada pues en ella celebramos los misterios de Salvación actuados por Cristo en los últimos días de su vida. Es una Semana que tiene su centro en el Triduo Pascual donde celebramos

la Cena del Señor, Su Pasión, siendo el broche de oro la Vigilia Pascual donde celebramos Su triunfante resurrección.

Pero dentro de esta semana celebramos la Misa Crismal, donde es consagrado el Santo Crisma y se bendicen los Oleos con los cuales los fieles recibirán los sacramentos del Señor.

Es la celebración que estamos viviendo en estos momentos y en la cual el Señor nos ha hablado por medio de las lecturas que se han proclamado. En esta tarde voy a poner mi mirada en el texto del profeta Isaías.

Recordemos que este oráculo del siglo VI estaba muy distante del futuro Mesías. Aunque ya apuntaba a él, tenía presente otras realidades.

Del texto me gustaría destacar algunas ideas: “Profeta carismático”, “un ungido como lo son los reyes y los profetas”, “es enviado para una misión especial”.

Estas ideas tienen un objetivo claro: “la liberación de los cautivos” el “año de la misericordia”.

Este oráculo lo asume para sí Jesús al inicio de su ministerio público como apreciábamos en la lectura del evangelio.

Manteniendo las debidas proporciones cada bautizado debería buscar plasmar en su vida de fe estas tres ideas. Ser un profeta carismático, vivir en el mudo como un ungido, y con la certeza que es enviado para una misión especial en el mundo.

En fin un programa de vida espiritual con que permita configurarnos con el Mesías.

Permítanme que en estos momentos me dirija a los Sacerdotes aquí presentes ya que es su día, nuestro día, mejor dicho.

En primer lugar quiero manifestarles que permanente agradezco a Dios por cada uno de ustedes, por su vocación, por la respuesta generosa que un día dieron al Señor, la que permitió que, después de un proceso de formación, sean hoy dispensadores de sus maravillas.

Innumerables veces le he dado gracias al Altísimo por vuestra fidelidad a lo largo de estos años. Ser hoy Sacerdote del Señor no es fácil. Hemos vivido, o mejor dicho, estamos viviendo tiempos tormentosos, donde nuestra vocación es cuestionada y nuestro celibato puesto en duda. Vivimos tiempos tormentosos, donde me atrevería a decir que ciertos actores de la sociedad, están haciendo todo tipo de esfuerzos para que dejemos de ocupar el lugar que nos corresponde en la sociedad y en los tiempos actuales.

Cada uno de nosotros ha experimentado el dolor que produce cuando nuestra vocación es cuestionada. Es doloroso, pues estamos conscientes que ella no vino por voluntad propia. Nuestra vocación solo ha sido iniciativa del Señor. Ha sido Él quien, a pesar de nuestra indignidad y fragilidad, ha puesto su mirada sobre nosotros, nos ha llamado por nuestro nombre y nos ha invitado a ser sus ministros. Recibimos una vocación que no es fácil de vivir, pero a pesar de eso hemos tratado ser fieles.

Es doloroso pues cuando se cuestiona nuestra vocación, también se cuestiona la acción y la presencia de Dios en medio del mundo. Se cuestiona el amor que Dios tiene a cada uno de nosotros y todo lo que Él hace para entregarnos los instrumentos necesarios para nuestra salvación.

Nadie duda que las dificultades que conlleva aceptar el desafío de vivir una vida célibe en los tiempos actuales. En un mundo y en una sociedad totalmente erotizada no es fácil vivir la castidad por amor al Reino.

Quienes nos consagramos por amor al Reino, no renunciamos a nuestra sexualidad, por eso actuamos en el mundo y nos relacionamos en él, desde nuestro ser hombre o mujeres. Sí renunciamos al uso nuestra genitalidad como medio de encuentro con el otro, como instrumento de procreación.

No se puede negar, algunos hermanos sacerdotes han fallado a la promesa que un día realizaron de vivir una vida célibe por amor al Reino. Su falla ha sido el principal argumento para aquellos que no creen que sea posible vivir célibe por amor al Reino. Tenemos que reconocer, gracias a Dios, que la mayoría de quienes se han consagrado a vivir una vida célibe por el Reino de Dios, se mantienen fieles a su vocación, sobre todo son felices en esta vocación.

Es lamentable que, así como algunos hermanos han fallado en su vida célibe, también nos crucemos con hermanos que también fallan a sus otras dimensiones del ministerio sacerdotal. Entre ellas el servicio gratuito al Pueblo de Dios. A veces da la impresión que no viven para servir, sino para ser servidos.

Es doloroso encontrarse con sacerdotes que su ministerio lo desarrollan implementando un proyecto personal, aislándose del proyecto propuesto para toda la comunidad eclesial universal o la comunidad diocesana.

Pero también es lamentable constatar como ciertos actores de la sociedad realizan todo tipo de esfuerzos para acallar nuestra voz. Con todo tipo de instrumentos y artimañas que les es posible, intentan que no iluminemos

donde debemos hacerlo. Pero la más lamentable es que muchas veces esos actores se dicen miembros de nuestra comunidad de fe.

La pregunta que ronda entre todos, se refiere a la estrategia con la cual deberíamos enfrentar estos tiempos tormentosos.

Nuestra primera actitud debe ser la confianza, pues sabemos que es el Señor quien finalmente escribe la historia. Además él mismo nos advirtió: “No tengan miedo, yo estaré con ustedes hasta el final de los tiempos”.

Las otras actitudes corresponden a las que todos esperan de nosotros. Es decir ser hombres que a pesar de todo, en nuestra vida irradiemos la presencia de Dios en medio de medio del pueblo al cual hemos sido enviados.

Ser hombres con una intensa oración, con la cual buscamos no solo tener una profunda intimidad con quien nos ha llamado por nuestro nombre. Sino también conocer su voluntad para así realizar lo que Él desea y no lo que “*a mi me gusta*”.

Ser hombres capaces de acoger paternalmente a todos, sin importarnos su condición social, su situación religiosa, su pensamiento político etc. Tratando a todos con la dignidad que se merecen, pues también reconocemos en ellos la dignidad de hijos de Dios.

Ser hombres capaces de salir de nosotros mismos para ir al encuentro de los otros. Especialmente aquellos que están más alejados de Dios. Ir al encuentro de los drogadictos, los alcohólicos, de aquellos que se sienten excluidos de nuestra comunidad eclesial, de la juventud, etc.

Ser hombres dispensadores de la misericordia divina. Hoy nos enfrentamos a un mundo, alejado de Dios, Un mundo que sin darse cuenta está sufriendo

esta lejanía de Dios. Por lo mismo debemos ser hombres que irradiamos esta misericordia de Dios a toda la humanidad.

Pero para que tenga eficacia esta misericordia en primer lugar debemos vivirla entre nosotros. Debemos ser capaces de perdonar y también aceptar ser perdonados por los otros. No podemos quedarnos siempre rumiando en las situaciones de desencuentros personales.

En fin, así como buscamos la liberación de los cautivos, nosotros también liberémonos del cautiverio de la falta de misericordia.

Queridos hermanos sacerdotes, que la Buena Nueva de Jesús sea acogida por quienes habitan en el territorio de nuestra Diócesis de Valparaíso depende en gran medida de nosotros. Que el rebaño que se nos ha encomendado encuentre siempre buenos pastos donde alimentarse y que ninguna oveja a nuestro cuidado se extravíe, es responsabilidad nuestra. De esta responsabilidad tendremos que dar cuenta algún día.

Que Jesús y María su Santa Madre nos bendigan y protejan.